

LUIS MORQUIO (1867-1935)

Dres. Fernando Herrera Ramos y Ruben Gorlero Bacigalupi *

El día 5 de octubre de 1867 era bautizado en la iglesia Matriz de Montevideo por el presbítero Andrés Torrielli, que actuó con licencia del cura párroco de la Catedral Basílica de la Purísima Concepción y de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago, Rafael Yereguí, un niño que había nacido el día 24 del mes anterior.

Fue presentado ante la pila bautismal por sus padres legítimos José Morquio y Ana Bélizon.

Luis Morquio nació, como hemos expresado, el 24 de setiembre de 1867, en una modesta vivienda ubicada en la calle Cerro Largo casi Gral. Rondeau, de la cual en la actualidad no existen ni siquiera rastros.

José Morquio, su padre, había nacido en Sampierdsrena, pequeña población de los alrededores de Génova, y su madre era, no obstante lo que se expresa en el certificado de bautismo donde figura como italiana, uruguaya descendiente de italianos y españoles.

Cuando Luis vino al mundo, su madre contaba apenas 18 años, y en esta relativa pequeña diferencia de edades entre madre e hijos, debe quizás verse la estrecha e invariable comunión de pareceres y de ideales que ambos sustentaban.

La época cubierta por la vida estudiantil de Morquio, escolar, bachiller, alumno de la Facultad de Medicina y el escenario donde le tocó intervenir y actuar, estuvo caracterizada por constantes y renovadas reformas en todos los ámbitos de la sociedad, y muy especialmente en el terreno político y universitario, es decir, justamente en aquellos que por las estrechas relaciones que tenían con el campo en que se desarrollaban sus actividades y quehaceres diarios, más poderosamente y de manera decisiva podían influir en forma directa sobre la estructuración de su carácter, en el preciso instante en que se estaba forjando su personalidad.

Integrante de una colectividad que sufrió intensamente un período de inestabilidad social y económica y que vivió un lapso verdaderamente difícil de nuestra historia, sintió el enorme impacto que, sin lugar a dudas debió suponer tener que residir en un medio de bruscos y continuos conflictos.

A los nueve años fue enviado al establecimiento privado de enseñanza primaria que dirigía el "manco Latour", apodo



Luis Morquio

con el que se conocía al francés Pedro Enrique Latour, cuyo colegio estaba ubicado en la calle Daymán (hoy Julio Herrera y Obes) entre Mercedes y Uruguay.

Allí fue donde recibió sus primeros conocimientos elementales, y comenzó a sentir las rígidas nociones de disciplina propias de la pedagogía de entonces, en la cual el maestro hacía prevalecer los palmetazos al razonamiento y las penitencias a la comprensión del alumno.

Aconteció por entonces un período de transición en los métodos de aprendizaje; era por el año 1877, cuando José Pedro Varela luchaba y se debatía afanosamente por imponer nuevos y modernos órdenes en la instrucción del país,

* Extractado de "Historia de la Facultad de Medicina, obra inédita.

Su actuación como profesor de patología interna tuvo una duración de cinco años; en el ejercicio de esta función puso de manifiesto sus excelentes condiciones de organizador y estudioso, siendo sus clases modelo de meticulosidad en la preparación de los puntos tratados, el no omitir detalle para dar al alumno de manera clara y concisa todos los elementos imprescindibles para el conocimiento acabado de la asignatura.

En 1899, y debido a una ausencia momentánea del Dr. Soca, le fue encomendado de manera interina la cátedra de medicina infantil.

Y llegamos así al año 1900, el que tiene una significación especial para el desarrollo de la pediatría en el Uruguay. En efecto, en esta fecha sucedieron dos acontecimientos de importancia fundamental para la trayectoria de la cátedra. Uno fue el encumbramiento del Dr. Luis Morquio como profesor titular de medicina infantil, y el otro el legado de los esposos Rossell y Rius Pereira, destinado a construir el hospital para niños.

La llegada del Profesor Morquio al desempeño de la clínica pediátrica, es reconocida unánimemente como el factor capital para la enseñanza de la especialidad y para el prestigio y jerarquía que adquirió la escuela pediátrica uruguaya.

Con la aparición de Morquio en el Hospital de Caridad, se produjo también el fenómeno, inusitado para la época, de la consignación en la mayor cantidad posible de datos clínicos en las fichas individuales.

"Todo lo concerniente a los antecedentes y a los hechos observados en la sintomatología y en la evolución de la enfermedad, ha dicho el Dr. Conrado Pelfort, eran escritos por el propio Morquio con su letra menuda y apretada".

Tal costumbre le sirvió luego para poder establecer en su trabajo "La Clínica Infantil de la Facultad de Medicina", la estadística completa de los 11.512 niños asistidos durante ese período, ya sea los hospitalizados en la Sala San Luis, como los vistos en la policlínica anexa al servicio.

La segunda época de la actuación de Morquio al frente de su cátedra, corresponde al período 1908-1929, siendo enmarcado por la fundación de las nuevas construcciones en el Hospital Pereira Rossell, y por la creación por ley del Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura.

Este lapso es el de la definitiva consagración de Morquio como extraordinario especialista y maestro de las enfermedades de la infancia. Sus profundos conocimientos, manifestados desde la cátedra y el libro, hicieron de él una figura consular dentro de la medicina nacional.

Bien pronto su fama desbordó los estrechos límites de nuestra patria y su nombre fue repetido en los más altos centros científicos americanos y europeos, de los cuales llegó a recibir los más encendidos elogios y honores.

A su impulso comenzó a tomar relieve la Escuela Pediátrica Uruguaya, al principio por la labor desarrollada desde las salas y las aulas de la clínica, y más tarde a través de la Sociedad Uruguaya de Pediatría, fundada en 1915 por su inspiración y en la cual volcó todas sus ambiciosos anhelos.

Morquio y la cátedra formaron una unidad indiscutible; tuvo una constante y permanente vocación por la enseñanza, hizo docencia con pasión, con austeridad, pero por sobre todo con una honestidad invariable.

Todo lo aprendido en su duro pasaje por la vida, le sirvió en su enfrentamiento con el dolor, y las enseñanzas que le deparara el ejercicio cotidiano de su profesión, con sus aciertos y sus errores, las volcó de modo generoso y fecundo desde su cátedra.

Con un aspecto interior que no impresionaba por la armonía de sus líneas o por la perfección de su silueta, detalle algo superior a la mediana mostraba una contextura física poderosa que, bajo su piel ricamente irrigada permitía di-

bujar músculos pronunciados, sostenidos por un sistema óseo de gran fortaleza.

Sus gestos bruscos y secos estaban en consonancia con todos sus otros rasgos que poseían una rudeza especial, que le daba una característica de reciedumbre a su fisonomía.

Su rostro de ojos profundos y vivaces, en los que por momentos se veía brillar del ser superior, estaban coronados por una amplia frente que plenamente demostraba una gran capacidad intelectual; tenía como detalle particularísimo sus enormes bigotes que eran un signo propio de su personalidad y que ocultaban una boca en la que, algunas veces, asomaba una sonrisa que por un instante suavizaba y desdibujaba la severidad de sus facciones.

Todo este aspecto exterior tosco, que no despertaba en primer momento atracción, era quizá la defensa natural, la coraza de carne y hueso, que protegía un interior pleno de humanismo generoso, para quien el bien debía hacerse no por las recompensas materiales o por el eco espectacular que la buena acción provoca entre sus semejantes, sino por la profunda e íntima satisfacción que ella produce en la propia conciencia.

Metódico, activo, tesonero y honesto, vivió cada instante de su vida bajo el signo de la virtud y el trabajo, brindando a la colectividad que tuvo el enorme privilegio de contarlos entre sus integrantes, lo mejor de su intelecto y de sus conocimientos.

Sostuvo permanentemente que no hay mejor reglamento ni mejor plan de estudio que la firme voluntad de aprender; repitiendo que son el trabajo y el aprovechamiento de lo visto, buscando siempre el perfeccionamiento y el bien, los que ennoblecen nuestro ser, elevándolo en el concepto propio y de los demás.

En su clásico paralelo entre la inteligencia y el trabajo, en el que resume sus conceptos firmemente adquiridos a lo largo de su extensa carrera de profesor, sostiene: "son agentes del progreso humano, lo que da mérito y orgullo es el estudio y el trabajo. La inteligencia es indisciplinada y por esta misma causa estéril; es virtud de cada uno encauzarla sobre las huellas fértiles del trabajo. Pero actividad e inteligencia nada valen y nada producen si no son honestas, inspirándose para llegar al bien de la humanidad".

Morquio fue Médico porque no podía ser otra cosa que médico. Su propia fisonomía y su carácter íntimo se reflejan y encuentran amplio eco en la profesión elegida.

Fue médico por vocación y por configuración. La rudeza, la disciplina, el orden, el método, la honestidad y la humildad, caracteres especiales y típicos de su personalidad, son también aristas fundamentales de la carrera médica: ruda por el propio material empleado, exigente de orden para llegar al fin propuesto, metódica por excelencia, disciplinada casi por definición, honesta porque sin honestidad no puede haber medicina seria y científica, y humana por el mismo fin supremo de curar y salvar vidas.

No pretendemos encontrar en Morquio al profesor de clase magistral, que necesita gran anfiteatro para sus disertaciones espectaculares, sino al maestro que dominó a la perfección la lección directa, junto al enfermo y rodeado por sus oyentes, a los que así, en forma casi íntima, les brindó abierta y desinteresadamente sus conocimientos, fruto de su vastísima experiencia y de su prolijo y metódico análisis.

No obstante su pasaje previo por la cátedra de patología interna y durante el lapso en que la dictó, sus disertaciones se caracterizaron por una singular erudición, fue desde el instante en que se produjo su encumbramiento como profesor de medicina infantil ante todo y por sobre todo en clínica integral.

Tuvo una enorme preparación basada en su experiencia

y cuidadosamente sedimentada por su espíritu e intelecto firmemente analítico. Para él la primera condición del docente es saber enseñar y la única manera de ejercer la clínica, es al lado del lecho del paciente, que representa según sus propias expresiones "el gran libro de patología".

Sostuvo con tesón admirable que la clínica no termina con el diagnóstico, por más brillante y laborioso que haya sido, sino que debe seguir con la evolución de la afección y con el tratamiento del enfermo.

Todas estas convicciones firmemente arraigadas, hicieron de él un médico eminentemente experto en la búsqueda de todo lo que pudiera tener valor cierto para la conformación de un diagnóstico positivo, no empleando jamás aquello que fuese puramente teórico, oscuro o se saliese de los límites de la más pura clínica.

La producción científica del Profesor Morquio está comprendida dentro de un enorme paréntesis que se abre allá en el año 1892, cuando presentó su tesis de doctorado "Tratamiento de la fiebre tifoidea" y que se cierra en el tomo VII de los "Archivos de Pediatría del Uruguay" del año 1936, en que apareció su trabajo póstumo, efectuado con la colaboración de los doctores José Bonaba y José A. Soto, titulado "Nuevos casos de neumociste perivascular al nivel del pulmón. Consideraciones patogénicas".

En este dilatado período de cuarenta y cuatro años, vieron la luz ostentando su firma, solo o con sus colaboradores, 335 diferentes relatos, de los cuales 262 fueron insertos en revistas nacionales y los 73 restantes en publicaciones extranjeras.

Su enorme capacidad de trabajo y su fino espíritu de observación, le permitieron captar la importancia de todo aquello que tuviera influencia cierta para el diagnóstico y la evolución de las enfermedades, y fue así que pudo obtener el número considerable de contribuciones originales producto de su intelecto, el reflejo en eco de la corea, las relaciones de esta enfermedad con la encefalitis; el pseudo signo de Kerning en el Heine-Medin, que ya ha entrado definitivamente en la clínica bajo el nombre de "Signo de Morquio"; la meningitis seudotuberculosa; las meningitis urlianas primitivas; el valor curativo de la vómica en el quiste hidático del pulmón; las modalidades especiales de nuestra difteria; del reumatismo; de la fiebre tifoidea; de la escarlatina; de la neumonía; de la rubéola; de la ictericia; la distrofia ósea familiar, conocida hoy día bajo la denominación de "Enfermedad de Morquio", etc.

Las realizaciones inspiradas por el Profesor Luis Morquio en el terreno de la pediatría social, fueron múltiples y variadas.

Su poderoso espíritu de organizador se manifestó, en la fundación y puesta en marcha de diversas instituciones, de entre las cuales debemos mencionar la Sociedad de Pediatría de Montevideo, la Sociedad Uruguaya de Nipiología, el Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura y el Instituto Internacional Interamericano del Niño. Además apoyó de manera calurosa la preparación del Código del Niño el cual recibió su beneficiosa influencia.

En su larga y brillante trayectoria de médico y profesor, recibió Morquio innumerables satisfacciones, traducidas en homenajes de la más variada índole tributados por distintas corporaciones oficiales y privadas de diversos países.

Presidente de la Sociedad de Medicina en 1902, fue reelecto para este alto cargo en 1910. En 1905 recibió la primera consagración de una institución médica extranjera, al ser designado miembro de la Academia Nacional de Medicina de Río de Janeiro.

Con motivo de su viaje a Europa de 1907, el gobierno de la república le comisionó para que produjera un informe

acerca de la manera cómo se encaraba la protección a la primera infancia en los países que visitara, llevando al mismo tiempo la misión de nuestra Facultad de Medicina de estudiar la enseñanza de la pediatría en distintas facultades del viejo mundo.

En ese mismo año de 1907, era designado miembro de la Sociedad de Pediatría de París, espaldarazo consagratorio que le permitiría relacionarse con las más destacadas figuras de la pediatría contemporánea.

Más tarde y en sucesivas serie, es investigado como miembro de la Sociedad de Protección a la Infancia en Río de Janeiro, miembro de la Sociedad de Medicina y Cirugía de la misma ciudad, miembro de la Sociedad de Pediatría de Buenos Aires, de Bogotá, de Nueva York, y de casi la totalidad de las entidades de pediatría de América y de buen número de las de Europa.

En 1916 en ocasión de realizarse el Primer Congreso Médico Nacional, fue consagrado como presidente de la sección de pediatría del mismo.

Su permanente acción en favor de la causa de la niñez, le hizo acreedor a ser distinguido como miembro del Bureau Internacional Permanente para la Protección de la Primera Infancia, siéndole otorgado en 1919, el diploma de honor de la Liga Nacional Belga de Protección a la Infancia.

El 9 de junio de 1927, al procederse a la inauguración del Instituto Internacional Americano de Protección de la Infancia, organización por la que tanto bregara Morquio, fue designado por el voto acorde de los delegados de todos los países de América, para desempeñar la dirección de este organismo, cargo que continuara desempeñando hasta el momento de su fallecimiento.

En 1930 recibió Morquio otra extraordinaria distinción al ser llamado a presidir la Unión Internacional de Socorro de la Infancia, con sede en Ginebra. Si destacamos el hecho de que nuestro compatriota sustituía en esta jerarquía mundial a una figura de la talla del Profesor Clemente Von Pirquet, que recientemente había fallecido, nos podemos dar una idea de la tamaño responsabilidad de la función y de la alta consideración en que se le tenía en los círculos científicos mundiales.

Durante el año 1930 le cupo el inmenso honor de presidir el Congreso Médico del Centenario, magno acontecimiento cultural realizado en nuestro país como parte de los homenajes estructurados para dar mayor realce a tan señalada fecha.

Pero de todas las distinciones otorgadas al Profesor Morquio, las que más trascendencia tuvieron por la jerarquía de la institución que las ofrecía y por la parquedad y estricta selección en los candidatos postulados a tan alta consideración, fueron las conferidas por la Academia de Medicina de París. Esta dilecta corporación distinguió al maestro uruguayo en dos distintas oportunidades, la primera en 1921 cuando le nombrara miembro correspondiente extranjero y la otra en 1933 cuando le homenajeara distinguiéndolo con la máxima consagración que esa entidad puede brindar, la de miembro asociado.

Al producirse el 9 de julio de 1935 su lamentable fallecimiento, el Poder Ejecutivo, teniendo en cuenta los altos servicios prestados a la nación por el Profesor Morquio, remitió al parlamento un proyecto de ley por el que se establecía en adelante que el Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura de la Facultad de Medicina, se denominaría "Dr. Luis Morquio".

Y como muestra de recuerdo perenne a las generaciones por venir el "Comité de Homenaje a la Memoria del Dr. Luis Morquio", inauguraba el 28 de enero de 1938 el magnífico monumento, obra del escultor nacional José Belloni, en el Parque José Batlle y Ordóñez, sobre la avenida que lleva su nombre.